

Rezos inalámbricos

José Gordon

Para Vicente Leñero

Ojos que no ven corazón que no siente, reza el dicho. Suele existir cierta dificultad para relacionarnos con lo abstracto. Si no podemos tocar algo probablemente no existe. Recuerdo una historieta de Rius que ejemplifica con mucha gracia el problema: el jefe de redacción del periódico del pueblo le pide al reportero —de quien probablemente está harto— que se vaya a entrevistar a Dios. El reportero toma seriamente su asignación. Va en busca de la exclusiva. Finalmente llega a una iglesia. Pregunta por Dios. “Quisiera hacer una cita con Dios”, le dice al sacerdote. Le tratan de explicar que Dios no habla directamente, que tiene un representante. El reportero insiste: “Si usted es el representante, consígame la cita”.

Imaginemos ahora el tamaño de la dificultad cuando sin ningún intermediario, se quiere hacer llegar un mensaje a Dios o que Dios nos envíe un mensaje. ¿Alguien que no nos habla directamente (quizá ni siquiera existe) podrá escuchar y responder?

El diálogo con lo que no se ve es profundamente conmovedor. Pone a prueba la razón y nuestro sentido de la existencia. Tercamente, en todas las culturas, se murmuran plegarias con la seguridad de que algo sucede cuando le hablamos a la nada. Para salir de dudas (o quizá sumirnos en otras), el cardiólogo Randolph Byrd, decidió realizar una “evaluación científica de lo que Dios está haciendo” en el momento de un rezo. ¿Cómo llevar a cabo esta tarea?

“Después de rezar mucho me vino la idea de qué hacer”. Veamos lo que se le ocurrió al doctor Byrd (o a Dios):

Durante un estudio llevado a cabo en el curso de diez meses, la computadora dividió en dos grupos a trescientos noventa y tres pacientes que ingresaron a la Unidad

de Cuidado Coronario del Hospital General de San Francisco: a ciento noventa y dos pacientes les iban a rezar, al resto, no. La investigación, refiere el doctor Larry Dossey, fue diseñada conforme a los más rígidos criterios utilizados en los estudios clínicos. El experimento fue “doble ciego”. Los investigadores, las enfermeras y los pacientes no sabían quién estaba en qué grupo.

Por otra parte, se reclutaron en distintas ciudades a diversas asociaciones religiosas para que rezaran por los miembros del grupo seleccionado en el experimento. Se les dieron los nombres de los pacientes, informes sobre su condición y se les pidió que rezaran por ellos diariamente (conforme Dios les diera a entender). Entre cinco y siete personas rezaron por cada paciente. Los resultados fueron los siguientes:

1. El grupo al que se le rezó requirió cinco veces menos antibióticos en comparación con el otro grupo.
2. Tuvo tres veces menos probabilidades de desarrollar edema pulmonar, una condición en la cual los pulmones se llenan de fluidos como consecuencia de fallas del corazón para bombear apropiadamente.
3. Ninguno de los pacientes del grupo al que se le rezó requirió entubamiento endotraqueal: un conducto de aire artificial que se inserta en la garganta. En el otro grupo, doce personas requirieron apoyo ventilatorio mecánico.
4. Menor número de pacientes murió en el grupo al que se le rezó, aunque en este renglón la diferencia no fue estadísticamente significativa.

Dice el doctor Dossey: “Si la técnica estudiada hubiera sido un nuevo fármaco

o un procedimiento quirúrgico, en lugar de un rezo, se hubiera saludado como una nueva opción”.

Escépticos como el doctor William Roland quien escribió un libro que cuestiona profundamente las curaciones relacionadas con la fe opina: “Parece que este estudio resiste el escrutinio... quizá los doctores tendremos que prescribir en nuestras recetas: *Rece tres veces al día*. Si funciona, funciona”.

Sin embargo, por lo que vemos a nuestro alrededor, tal parece que este funcionamiento deja mucho qué desear. ¿Por qué a veces estamos ante el silencio de Dios y en qué circunstancias podría ocurrir una sorprendente comunicación? ¿Cómo es posible que un rezo a larga distancia afecte a otra persona? Muchas de las personas que rezan, dice Dossey, piensan que “envían” sus oraciones a la persona enferma a través del espacio, de manera inalámbrica, o que Dios es una especie de satélite de comunicaciones que recibe la señal y que la envía de regreso al destinatario.

Dossey más bien se inclina por confrontar un misterio de esta magnitud con una frase del Meister Eckhart:

El conocedor y lo conocido son uno. Imaginamos de manera simple que Dios se debe ver como si estuviera situado allá y nosotros aquí. No es así. Dios y yo somos uno en conocimiento.

En ese momento Dios deja de ser una abstracción. ¿Cuáles son las condiciones para que se dé esta percepción? ¿Qué pasa entonces con nuestros deseos, con nuestras plegarias, incluso si se expresan en términos seculares? ■